

PLEGARIA DEL ESPÍRITU SANTO

Padre nuestro, Dios viviente,
Tú sobrepasas sin cesar la idea que podemos hacernos de ti,
nuestras emociones más sublimes
y las metas más ambiciosas que somos capaces de alcanzar.

Al acercarnos a los límites de tu misterio
en el seguimiento de Jesús de Nazaret,
se nos desvelan posibilidades siempre inéditas
para nuestra existencia personal y comunitaria,
para la historia de nuestra sociedad y del mundo entero.

Confiamos en el Espíritu de verdad
que nos da confianza en ti
y que permanece siempre con nosotros.

Hoy una vez más, te reconocemos con alegría
y queremos alabar tu inmensa bondad, diciendo:
SANTO...

Solo Tú eres verdaderamente santo, Señor, Padre nuestro.

Te damos gracias por el don de la vida
y por la tarea histórica de la salvación humana,
que intentamos hacer avanzar hacia una nueva Humanidad
y una nueva Tierra, digna de tu Reino.

Aspiramos a una civilización planetaria
basada en los valores de la fraternidad, la igualdad y la libertad,
como inspiración de una ciudadanía mundial
fundada en los derechos humanos, la justicia y la paz.

A esto nos anima el evangelio y el espíritu liberador de Jesús:
Ese Hombre que pasó haciendo el bien,
anunciando la salvación a los pobres,
la liberación a los oprimidos
y el consuelo a los afligidos:
aliviando las cargas de cada persona humana que sufre.

Nosotros, como comunidad reunida en su espíritu,
recordamos ahora la última cena, cuando Jesús
Cogió un pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo:
esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros.
Haced lo mismo en memoria mía.

*Después de cenar, hizo igual con la copa, diciendo:
esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre.
Cada vez que bebáis, haced lo mismo en memoria mía.*

También recordamos ahora la promesa del Resucitado,
cuando dijo a sus discípulos:
«No estéis intranquilos ni tengáis miedo...
Cuando venga él, el Espíritu de la verdad,
os guiará hasta la verdad completa».

Siempre que evocamos la vida, la palabras y la obra de Jesús,
tenemos muy presente el drama de nuestro mundo humano,
desgarrado por incesantes conflictos e injusticias,
donde estamos llamados a realizar una misión humanizadora.

Padre nuestro,
renueva en nosotros los dones pluriformes de tu Espíritu:
para que, en todos y cada uno, reavive una fe lúcida,
aliente una esperanza activa
y haga fecundos los esfuerzos del amor.
Por Jesucristo, nuestro hermano, amigo y maestro inspirador.
Amén.